

EDITORIAL

Algunas claves de gestión en contexto de emergencia

Beatriz del Carmen García-Dávila

Centro de Formación e Investigación

Fe y Alegría, Ecuador

Comenzamos el año 2020 sin advertir que las noticias que leíamos o escuchábamos sobre esos extraños brotes de enfermedad y muertes que estaban ocurriendo en Wuhan, China desde diciembre de 2019 y enero 2020, se expandirían tan rápidamente en todo el mundo, que en apenas dos meses, pasarían a convertirse en una terrible pandemia, declarada por la OMS el 11 de marzo de 2020.

El 29 de febrero supimos del primer brote de coronavirus en Ecuador, reconocido públicamente por el Ministerio de Salud. Aún parecía irreal que íbamos a padecer los estragos del Covid-19, este virus aparentemente simple, pero que llegaba sin rodeos para poner en jaque la vida especialmente de nuestros mayores.

A pocas semanas de este brote inicial, la enfermedad y la muerte se abrió paso agigantado por las calles de Guayaquil y poco a poco fue enlutando e infundiendo angustias en hogares de diversas provincias del territorio nacional. Los Ríos, Manabi, Pichincha ... veíamos con temor y terror, cómo el virus se acercaba cada vez más a nuestras puertas; con terror y temor también veíamos los altos números de contagios y muertes en todo el mundo y las medidas que los gobiernos comenzaron a decretar en sus territorios. Para marzo ya teníamos en Ecuador cerca de un millar de personas contagiadas con cerca de 20 muertes ubicadas la mayoría en la Provincia de Guayas. Esto fue sólo el principio.

El 16 de marzo, cuando el gobierno nacional decretó el estado de excepción por calamidad pública en todo el territorio nacional, en

cuyo texto, entre otras cosas se estableció la suspensión de clases en escuelas, colegios y universidades, la suspensión de la jornada laboral, la limitación de la movilidad y el establecimiento del toque de queda general en horarios vespertino y nocturno; educadores, estudiantes, familias, gente de las oficinas de Fe y Alegría al igual que todos los ecuatorianos y ecuatorianas y poblaciones migrantes en esta geografía, nos despedimos huérfanos de abrazos, con rostros confusos en medio de la alarma, pero también con la mirada optimista de un pronto encuentro de vuelta a la normalidad. No sospechábamos en ese momento que las cosas se pondrían cada vez más difíciles y que ese reencuentro no sería pronto y mucho menos que sería “como siempre” con el afecto y calor brindado en un café tan apreciado en el clima frío de la sierra ecuatoriana. El sector educativo de la Costa se encontraba de vacaciones, pero el desconcierto y las preocupaciones eran exactamente las mismas, quizá mucho peor pues justo en la costa ecuatoriana se estaba viviendo la pesadilla que el covid 19 trajo consigo. Para ese entonces, el luto comenzó a colarse inexorable entre compañeros, compañeras, familias de nuestro movimiento de Educación Popular.

Desde el mes de marzo en la Sierra iniciamos el teletrabajo y tele-estudio en medio de grandes incertidumbres por la falta de acceso a internet y a equipos básicos para la comunicación a distancia en buena parte de nuestros educadores, estudiantes y familias, en particular de aquellos lugares internados en las montañas en los que no se tenía acceso incluso al uso de whatsapp; pero además incertidumbres sobre cómo avanzar en el año escolar que vio abruptamente interrumpido su normal desarrollo, o cómo se iban a mantener las familias que vivían del trabajo diario que el confinamiento decretado por razones de salud comenzaba a impedir. Así empezamos los días, no pasaron muchos de ellos cuando tuvimos la certeza de que esto no iba a ser pasajero y que debíamos cambiar totalmente nuestros planes y rutinas para dar respuestas rápidas a la emergencia que nos caía encima como avalancha. Por su parte, en el ciclo Costa comenzaron a prever y a organizarse para el nuevo año escolar, al propio tiempo que fueron enfrentando la crudeza de los contagios, pérdidas humanas, dificultades económicas y crisis emocionales atendiendo sobre la marcha la situación crítica de las personas que integran la familia Fe y Alegría.

Educadores, directores de centros, equipos de las oficinas

regionales y zonales y de la oficina nacional de Fe y Alegría recurrimos, una vez más, a lo que en Educación Popular constituye una sustancial fuente referencial para la reflexión y cambio educativo: la lectura crítica del contexto, la reflexión colectiva sobre la situación para avisorar alternativas de solución con los pies pisando la tierra de los más vulnerables. Pero fue un pensar y actuar al mismo tiempo, amasado de convencimiento de que había que actuar pues los acontecimientos no esperan a que estemos teóricamente claros. Por su parte las familias, estudiantes y comunidades fueron abriéndose camino en medio de tantas dificultades, calamidades, novedades y cambios drásticos que se fueron presentando tanto para la vida familiar, vecinal, laboral como de estudio.

Es así como durante los meses de abril, mayo, junio y julio supuso para la Sierra tratar de cerrar el año escolar de la mejor manera posible y para la Costa iniciarlo cargando las mochilas de provisiones para el camino; emprendimos la ruta poniendo en marcha estrategias de comunicación con familias y estudiantes, formaciones emergentes para docentes, directores y familias, diálogos reflexivos abiertos a la comunidad, reuniones de reflexión permanente de directores nacionales, regionales/zonales y de centros, encuentros de contención emocional con docentes, estudiantes y familias, apoyos para alimentación y medicinas para familias vulnerables, producción de recursos pedagógicos para llevar adelante las clases tanto virtuales como a distancia, entre otras iniciativas que se fueron produciendo levantando una fuerte muralla hecha con manos grandes y pequeñas contra el desamparo, la tristeza, soledad, miedos y angustias provocados por la pandemia.

Desde esta breve crónica sobre la vivencia en la institución de esos primeros meses de pandemia, podemos visualizar algunas claves sobre la gestión en este contexto difícil que vivimos:

En primer lugar es importante destacar la importancia de la reflexión, de mantener espacios para el análisis del contexto, de tener los pies puestos en la realidad de los más vulnerables. Esa es la fuente que moviliza la acción, la fuente de nuestras opciones fundamentales como movimiento de educación popular. La pandemia la vivimos todos y todas en el planeta, pero no se vivirá de igual manera, para los pobres y excluidos, constituye una acentuación de su situación pues la pandemia

no sólo pone de manifiesto las desigualdades y las brechas sociales, sino que las profundiza.

Pero la reflexión va enlazada con el accionar que supone dar respuestas rápidas ante los casos o situaciones de emergencia. No podemos esperar a tener todo claro para atrevernos a lanzar una iniciativa de ayuda o de apoyo para que familias, estudiantes o docentes puedan salir del atoyadero donde están. Gestionar o liderar siempre tendrá el riesgo del error, pero el miedo al error no nos puede paralizar. Sigamos las intuiciones que nos puede generar la reflexión del contexto, la escucha a los otros, el contacto cercano con las personas, la información con la que se cuenta para reconocer la realidad y las posibilidades de hacer.

Gestionar un centro educativo en momentos críticos, una vez más supone trabajar en equipo y en red. La emergencia no necesita de héroes que trabajan solos desde un interés de reconocimiento; el calado de la crisis es tan hondo que necesita de colectivos, de la comunidad educativa del centro, de la comunidad del entorno, de redes diversas, para pensar y actuar juntos, para apoyarse desde las capacidades de cada uno.

Por último, es sorprendente ver cómo en la organización se sumaron diversas instancias en un concierto de iniciativas para enfrentar la crisis. Los centros educativos con sus docentes y directivos, los equipos de regionales y zonas con sus directivos y acompañantes, las áreas de la oficina nacional de Fe y Alegría, el equipo directivo nacional, todos desde sus responsabilidades fueron dando respuestas que estaban a su alcance para sembrar esperanza en medio de la oscuridad que se estaba viviendo. En diversos puntos de la organización, no se pusieron a esperar a ver cuál era la línea a seguir (aunque la hubiese), todos se dieron a la tarea de aportar y eso es sumamente significativo, en particular me habla de la capacidad de autonomía, de ese estilo de organización en el que el control sobra y la libertad responsable para hacer el bien en comunicación y retroalimentación pasa a ser una gran riqueza. Creo que por ello, hay tantas acciones que se ponen en marcha, porque cada uno avanza para tejer un punto de la red, manteniendo vasos comunicantes que fortalecen a todos.